



LA ISLA DE LOS FAISANES
Y EL ASEDIO DE FUENTERRABÍA

(De cuando Irún y Hondarribia
fueron el ombligo del mundo)

Raúl Tort

LA ISLA DE LOS FAISANES
Y EL ASEDIO DE FUENTERRABÍA

(De cuando Irún y Hondarribia
fueron el ombligo del mundo)



Primera edición: enero 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Raúl Tort

© Diseño de cubierta: Daniel Miró

ISBN: 978-84-10082-70-0

ISBN digital: 978-84-10082-71-7

Depósito legal: M-2648-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para mis hermanos Susana y Ricardo

N. del A. En el apéndice hallará el lector información sobre la toponimia, los personajes históricos nombrados y un breve glosario sobre terminología de las fortificaciones.

Introducción

Permítanme que, como prescriben las normas de cortesía y para comenzar, me presente a vosotros.

Tengo ya setenta y nueve años. Soy el padre llamado Ezequiel, porque nací un día diez de abril, data en la que se conmemora al profeta que combatió la idolatría, Doménico, por mi santa madre Doménica que Dios tenga en su gloria, Benjamín, por obvia razón que no necesito explicar y apellidado Del Huerto, vaya uno a saber por qué.

Resido en la actualidad, y probablemente hasta el fin de mis jornadas terrenales, en el Monasterio de San Francisco de Pietrasanta, de la región de Lucca, en la Versilia del Gran Ducado de Toscana, no lejos del luminoso mar Tirreno, sitio adonde me ha llevado mi andar peregrino de monje franciscano.

¿Qué estoy haciendo aquí? Pues la penitencia que, dada mi falta de disciplina, me ha sido impuesta por la Orden. Se me ha relegado a la noble pero oscura función de bibliotecario y se me permite salir fuera de los claustros sólo para ir hasta la catedral, pasearme un poco por la Piazza del Duomo y, en contadas ocasiones, llegar hasta Valdicastello donde, en la tasca de los Nemi, puedo regodearme con los tordelli que son el plato de la especialidad de Ana María, su cocinera, regados siempre con un generoso Chianti, mejor bebida espirituosa que el vino de misa atavernado cotidianamente a mi alcance.

En la biblioteca no hay mucho para cuidar y registrar y, salvo los remiendos con los que debo reparar algún antifonario, coser un volumen descuajeringado, quitar el polvo de los viejos volúmenes y velar para que los ratones no devoren los pergaminos, no tengo nada más que hacer, por lo cual, lo que me sobra es «tiempo», el mismo que a tantos les falta y que muchos malgastan.

Por tal razón, me he dado a la quieta aventura de escribir. No me faltan cualidades para la tarea. Tengo en mi haber el trivium y el cuatrivium y en el seminario destaqué como novicio aplicado. Empero, en la madurez, y ya ordenado sacerdote, cometí el pecado de hallar razonables ciertos planteos luteranos, lo que me acarreó fama de fraile díscolo y réprobo, cuyo destino no debía ser el de predicar y transmitir nociones impías o equivocadas, sino el de preservar los conocimientos aprobados y consentidos por la Sagrada Madre Iglesia.

Yo nací en las postrimerías del siglo pasado, en el año mil quinientos noventa y ocho para ser preciso, en la entonces Villa de San Sebastián, ahora ciudad por gracia de don Felipe IV. No tuve la suerte de conocer a mi padre, circunstancia que no me avergonzaba al ser por muchos compartida. Comprendía a mi madre, cuya belleza, me han dicho, atraía como un imán a los hombres, ingenua mujer seguramente seducida al son del laúd y confiada en una promesa de connubio jamás cumplida.

Antes de ser aceptado en el seminario franciscano la vida me llevó lejos de mi ciudad natal y es así que fui a dar a los pueblos de Fuenterrabía e Irún que inspiran esta narración. Desempeñé tantos oficios en mi ya larga existencia que sería largo relatar aquí. Fui testigo y partícipe de hechos que forman parte de la historia de España y sustentarán esta obra. El apoyo de un benefactor me abrió las puertas del postulanteado y de allí al noviciado y a los votos por los cuales fui ordenado.

Confieso ante vosotros que conozco el amor, porque supe de sus mieles y de su hiel antes de profesar los votos de castidad. He luchado en la guerra y esta mano que ahora ha cogido la pluma supo aferrar la espada. Conozco también los trabajos y los días de los hombres, porque tuve que ganarme el pan en humildes empleos.

Os pido disculpas de antemano si mi lenguaje no es a veces el más culto, tal como se espera de un prelado, pero mis años mozos de faquín y los muchos que viví como soldado, me han dado un vocabulario de germanía que suelo emplear sin darme cuenta.

*Los franciscanos estamos en todas partes y en mi devenir eclesiástico fui enviado por la Congregación a una larga temporada de labores en los archivos de la Universidad de Salamanca. Aunque el proverbio dice que *Quod natura non dat, Salmantica non prestat*, el estar allí me ha servido para leer acerca de*

la historia europea, tanto como para creermé un erudito, aunque en realidad, confieso, sólo soy un aficionado. Influenciado por tantos ilustres literatos como los que abundaron en el generoso Siglo de Oro español, se me ocurrió escribir una novela histórica, empeño poco usual para un clérigo, pero que no me estaba vedado y sería menos peligroso para la fe que si me dedicare a dejar sobre papel mis dudas teológicas. Además, si no la redactase ahora, dada mi edad proveya no podría hacerlo nunca.

Conociendo de primera mano el desarrollo de la guerra franco-española, en particular el asedio de Fuenterrabía y los episodios ocurridos en la isla de los Faisanes de Irún, las conocidas como «entregas reales», adopté la determinación de que esa ciudad y esa isla serían el escenario reflejado en la obra y aquella la época en la que transcurría mi relato. Anunaría en la narración vivencias personales con la documentación que de los hechos tenía a mi alcance y otras de las cuales pudiera procurarme. Para ello tomé apuntes de lo acontecido aprovechando el acervo documental de Salamanca, donde inicié esta obra, teniendo actualmente a mi alcance los libros y manuscritos que atesora el convento. Ahora, en la tranquilidad que me brinda la austera celda franciscana que ocupo, rememoro mis andanzas y completando experiencia con anotaciones y textos, empuño la péndola y me siento a redactar el libro, cuyo desarrollo tengo, in pectore, acabado hasta la palabra fin.

Quizás un lector caritativo lo denomine «novela», otro más severo podrá llamarlo «folletín». Algún ingenuo podrá tomarlo como «relato histórico fidedigno» y el más suspicaz como «farsa». Voy a ser sincero con vosotros. Los hechos significativos que narro son verdaderos y cualquiera podrá verificarlos en las muchas páginas eruditas que cuentan la historia de España y de la Guerra de los treinta años, pero he llenado los vacíos que han dejado sin acreditar los cronistas con mi razonamiento e imaginación. Como veréis gran parte de la narración es autobiográfica, porque mi vida ha sido novelesca y me place contarla.

He conocido a todos y cada uno de quienes son personajes de la trama y me refiero no a los grandes señores que en la obra menciono, sino a esos seres simples cuyos nombres no recogerán las crónicas pero fueron sus ignorados actores. Con sus avatares construiré la novela, porque cuando la realidad es tan singular no se precisan muchos aderezos para hacer de ella un libro. Como ocurre con frecuencia en las obras escritas en primera persona, no podré evitar

ser protagonista de muchas de sus páginas. Ruego me perdonéis si en algún párrafo exagero mis méritos o advertáis que soslayo mis reprochables defectos.

Como si fuesen los paneles de un tríptico, el relato quedara comprendido entre las «entregas reales» efectuadas en la isla que ya os he nombrado, actos de los que fui testigo e intentaré describir con la mayor fidelidad.

Puede que, si estos folios llegasen hasta vosotros, se deba a que un ángel, el ángel de los libros, si fuera que este existiera en el Empíreo, haya tenido a bien hacerlos conocer y yo halle entonces a mis lectores, esas ignotas personas con las que intento comunicarme por este humilde medio.

Un rayo de sol ilumina el ventanuco de mi cámara encalada y parece posarse sobre el primer folio en blanco que extiendo con amor sobre la despojada escribanía. A su lado hay una pila de folios manuscritos en los que he ido anotando, desde mi estadía en la universidad salmantina, los hechos y datos con los que compondré finalmente mi obra.

Cuando la acabe, uniré los folios y le pondré cubiertas de fino cuero antes de engibarlos en uno de los muchos anaqueles de esta biblioteca provinciana donde se cubrirán de sutil polvillo y de donde —quizás algún venturoso día— alguien los coja para su lectura.

Firmaré el relato con mi nombre completo, cual es tal, como os lo dije:

FRAY EZEQUIEL DOMÍNICO BENITO DEL HUERTO

PARTE PRIMERA:

Entrega de Ana de Austria a Luis XIII
y de Isabel de Francia al príncipe de Asturias

1615

El mismo año en que yo nací, murió su Majestad Felipe II el Prudente y aunque este relato tiene por objeto contaros cuanto sé de las entregas reales que tuvieron lugar en Irún en los años 1615 y 1660 de las que fui testigo por hallarme en dicha villa, debo referirme también, aunque de forma sucinta, a la boda del emperador con Isabel de Valois, consagrada en 1559, antecedente fundamental de las posteriores entregas, por ser el casamiento de don Felipe II con una princesa francesa, el primero de la serie de enlaces que procuraron sellar la paz entre España y Francia mediante las uniones matrimoniales.

Como puedo, a mi arbitrio, elegir un momento adecuado para el inicio de la narración, la comenzaré con los prolegómenos a los intercambios reales de 1615 y dejaré en boca los personajes de esta novela, la relación del antecedente al que acabo de hacer referencia.

Capítulo I:

El castillo de Urtubie

La discreta calesa se detuvo frente a las dos torres que enmarcaban el acceso al castillo de Urtubie. El tronco de zainos oscuros que la arrastraba mostraba sus flancos sudados por el esfuerzo. Los caballos habían trotado sin pausas desde Irún hasta su destino, una *maison forte* de Urruña próxima a la frontera. Allí se reunirían dos encumbrados personajes, uno, que representaría a Francia y estaba a la espera de su invitado de honor y el otro, quien acababa de arribar, encarnaría a España. El atalaje y los arneses del coche eran de sencilla factura y su sobriedad intentaba disimular la importancia del pasajero que transportaba. Acompañaban al viajero sólo el cochero, un atildado criado y el postillón, un fornido sujeto con pistola al cinto y un trabuco terciado a espaldas que imponía respeto. Habían sido precedidos por un piquete de Mosqueteros que escoltaban al ocupante desde que transpusiera el límite fronterizo. Estos lucían, bordadas en sus uniformes, la característica cruz flordelisada que los identificaba como pertenecientes al distinguido cuerpo de los mosqueteros hacía poco fundado por Luis XIII(1) como guardia personal suya. Llevaban los emplumados sombreros de alas anchas cubriendo sus cabezas, botas altas de cuero y portaban los estoques sujetos al tahalí sin que les faltare la daga de misericordia enfundada en su vaina, presta a que la mano izquierda la aferrase en ayuda de la espada ropera.

Otro carruaje, la lujosa carroza laboriosamente adornada que en días anteriores había llevado al duque de Lerma(2) desde Burgos a Fuenterrabía, permanecía guardada en las cocheras del castillo de Carlos V(3) porque portaba el escudo nobiliario de su dueño esmaltado en las portezuelas y hubiera llamado la atención de quienes la viesan. Tras las dos jornadas de marcha que fueron necesarias para cubrir las más de cincuenta leguas que separaban ambas localidades, el duque de Lerma, valido del emperador, quien era el viajero al cual me refiero, había descansado una noche en Irún y continuado su travesía la siguiente mañana. El exagerado secretismo otorgado a las últimas negociaciones le había inducido a culminar el trayecto hasta el castillo de Urtubie, construido por la familia Tartas en tierras del vizconde de Labort(4), utilizando un coche que no llamara la atención. Su destino era adecuado a la reserva con la que procuraba concluir las negociaciones, porque dicha fortaleza estaba rodeada de bosques frondosos donde predominaban los robles, pinos marítimos y alcornoques que conformaban espesas cortinas y era, por tanto, idónea para mantenerse lejos de miradas curiosas. Servía de antaño, para controlar el camino a España y sólo un par de leguas la separaban del río Bisasoa y de las fortificaciones hispanas.

En realidad, poco había que esconder a los súbditos, porque el destino de la Infanta y de la Princesa sobre el que versaría la entrevista ya había sido decidido y hecho público años atrás. Empero, la diplomacia tiene como improntas la reserva y la prudencia, y por ende era mejor completar los detalles y tenerlo todo atado antes de proclamar los esponsales, sin dejar detalles librados al azar o a la improvisación.

El cochero no necesitó hacer seña alguna a la guardia que vigilaba el castro porque, al aproximarse el carruaje se alzó el rastrillo y el puente levadizo descendió de inmediato para salvar el foso —con semejanza de vulgar acequia— para franquear la entrada al visitante. Se esperaba su llegada, porque un jinete enviado en la madrugada había anunciado el arribo del alto funcionario, quien

era el noble de mayor poder en el reinado de Felipe III(5). Los mosqueteros desmontaron. Ahora, puertas adentro, quedaba aquel hidalgo bajo la responsabilidad del Señor del castillo. Los custodios de la fortaleza, siguiendo las órdenes del oficial al mando, formaban guardia en la explanada en honor al visitante, con sus alabardas rectas y los estandartes flameando al viento que soplabá desde los Pirineos.

El embozado pasajero se atusó los puntiagudos bigotes y acarició la perilla castaña que poblaba su mentón. Vestía gregüescos y un jubón de terciopelo cubierto por elegante ropilla. Soportaba la valona de encaje agobiado por la calidez del día y la humedad del verano. Las puntillas de las mangas lucían impecables. Cuidadoso de su apariencia, controló la limpieza de los zapatos adornados por rosetones, con tacos que le hacían parecer más alto de lo que naturalmente era. Se destocó y pasó sus dedos por el pelo, corto como gustaba a Su Majestad don Felipe y sacudió sus piernas en el pesebrón para desentumecerse. Luego volvió a calzarse el chapeo con toquilla de mucha pluma y descendió del vehículo.

El señor de Urtubie le hizo una cortesana reverencia y dio la bienvenida al huésped. Don Francisco Gómez de Sandoval-Rojas y Borja respondió con un medido ademán y miró a su alrededor como desconcertado. Luego entregó la capa y el sombrero de fieltro a un paje, quien los depositó sobre un cojín de seda. Agradeció al capitán de los mosqueteros la escolta brindada, sabiendo que era una deferencia le hubieran asignado para tal fin a los integrantes de un cuerpo cuyo ingreso estaba reservado solamente a caballeros de noble cuna y cuya función era la de proteger al rey de Francia mientras se hallare fuera de sus residencias. El duque contuvo su fastidio al constatar que él, un Grande de España, no era recibido de inmediato y allí mismo en el patio de armas donde bajara del coche, por quien sería su anfitrión, el canciller representante de la reina consorte de Francia, doña María de Médici(6) tal como por protocolo le correspondía a un heraldo imperial, sino por el señor de Urtubie, un noble de menor jerarquía. El mayordomo de la casa

se inclinó ante don Francisco y excusó al lord canciller Brûlart de Sillery(7) de esperarle dentro de la fortaleza, porque la gota, según dijo, le dificultaba moverse. El duque dudó de la veracidad de la disculpa y supuso era una treta más del astuto negociador para quitarle ínfulas, obligándole de tal modo a subir por la empinada escalera de caracol suspendida para entrevistarse con él en lo alto de la torre central. Agitó su mano dando a entender que aceptaba la disculpa y requirió le llevasen junto al canciller.

Guiado por el servidor ascendió a la torre. Halló al marqués apoltronado y con una de sus piernas extendida sobre un escabel. Intercambiaron los saludos de rigor y don Francisco se interesó por la salud del anfitrión a quien ya conocía por anteriores entrevistas. Achaques de la edad, respondió éste, nada importante aunque me han impedido bajar a recibirlos y saludarlos. Don Francisco se arrepintió de haber pensado con malicia y lo disculpó sinceramente. Brûlart le rogó tomara asiento a su lado, en un cómodo sillón dispuesto para el convidado. Conversaron en voz baja, como si conspiraran, aunque se encontraban solos en el recinto. La estancia era severa y su decoración espartana. Nada recordaba allí los fastos de la corte parisina.

Brûlart era anciano, pero plenamente lúcido y capaz. Hablaba de forma pausada. Su modulación contrastaba con la del duque, quien se expresaba con energía y elocuencia, conforme era su carácter. Los cabellos canos y la barba y bigotes plateados que la enmarcaban, daban al canciller una faz de bonhomía que no ocultaba su sagacidad. El brillo de los ojos y las pronunciadas arrugas de la frente denotaban al hombre que había ascendido por mérito propio la escala de funcionario real. Era el ministro adecuado para representar a la reina de Francia en esas circunstancias.

La conversación fluyó ágilmente y los dignatarios intercambiaron novedades. El duque aspiró unos polvos de rapé, moda a la que se había aficionado, y se llevó a la nariz un pañizuelo de hilo de Flandes. Luego, acabadas las formalidades que la sociabilidad y la diplomacia exigían, se abocaron al tema por el cual estaban reunidos.

Les dejo allí sentados y me referiré a quien había confiado la misión al Canciller, o sea a doña María de Médici.

Capítulo II:

Los Médici

Como los Médici son partícipes esenciales del relato, dedicaré este capítulo a su notable familia, que no solamente gravitó en la historia de Florencia, sino que desde el siglo XIV fue fundamental en la de toda Europa. Aunque han corrido ríos de tinta por sus hechos, aquí reflejaremos sucintamente los que se vinculan con mi objetivo.

María, apodada la *Gran Banquera* por ser los Médici acreedores del rey y haber comprometido estos en sus esponsales con Enrique IV una dote de 600.000 escudos de oro, había ejercido la regencia de Francia en nombre del delfín, el niño destinado a ser coronado como Luis XIII cuando alcanzase la edad necesaria para ello. Precisamente, hacia muy poco, el joven príncipe había sido reconocido como mayor de edad, aunque contaba con sólo catorce años.

El regicidio de su padre, el Rey Enrique(8), había ocurrido un día antes de la coronación de su madre y ella había sido reconocida de inmediato como reina de Francia en Saint-Denis. La ceremonia de investidura venía postergándose con diversas excusas dadas por el rey desde el ya lejano tiempo de la conformación de la pareja. Como consecuencia del óbito de Enrique, Luis, el futuro monarca, había quedado a los nueve años huérfano de padre y sometido a la autoridad materna.

La entrada de María en París no fue seguida de fiestas sino de luto y en vez del son de alegres trompetas se oyeron clamar en los

cielos las campanas de las iglesias llamando al duelo por el deceso del Borbón *Henri le Grand*. En Notre Dame, en Saint Germain de Pres, en Saint Eustache, en la Sainte Chapelle, en todos los templos de la Ciudad Luz, se rezaron misas por quien, de fe calvinista, tuvo que convertirse al catolicismo y pronunciar la célebre frase *Paris vaut bien une messe*, para vencer la resistencia de los nobles católicos a que el trono de San Luis fuese ocupado por un hereje. Eran los mismos señores que habían desatado «la matanza de San Bartolomé», de triste recuerdo y eficaz advertencia para evitar futuras aventuras luteranas.

Los Médici habían ingresado en la corte francesa alrededor de medio siglo atrás como consecuencia del casamiento de Catalina María Rómula(9) con Enrique II, entonces duque de Bretaña. La aparición de la florentina en el ámbito de las casas reinantes fue sorpresiva y escandalizó a la rancia nobleza parisina que deten-taba el poder y lo consideraba como patrimonio de unas pocas y muy selectas familias. Aunque su esposo no estaba destinado a reinar, por ser un segundón, era el miembro de la familia real que en la línea sucesoria estaba a continuación del propio Delfín. No era aquella boda, al parecer de la exigente aristocracia, una unión ventajosa para Francia, pues siendo Enrique el posible receptor de la Corona, debía tener miras más elevadas que esa de esposar un miembro del clan de los Médici, familia trepadora y de incierto origen. La muerte prematura de Francisco(10), hermano mayor de su cónyuge y dinásticamente el destinatario de la corona, hizo ascen-der su esposo al trono, tal como le correspondía por la ley monás-tica. Esta circunstancia había complicado aún más la posición de la italiana, pues los aristócratas no olvidaban que, a su criterio, ella carecía de suficiente abolengo como para llegar a reinar en Francia, nación cada día más soberbia y preponderante. Veían a los Médici como nuevos ricos, encumbrados gracias al dinero. Tal apellido era indicio de que el origen de la estirpe provenía de «médicos», o sea de quienes comerciaban con medicamentos, aunque hubieran ex-tendido sus negocios a otras mercancías. El escudo de armas fami-

liar incluía seis o siete *palle* en italiano, o sea píldoras, demostrativas del citado oficio, aunque se hicieron pasar en Francia como roeles o besantes, los cuales sí que eran piezas heráldicas de prestigio. Las flores de lis que lo adornaron luego fueron un obsequio interesado de Luis XI(11). Cosme el Viejo(12), quien era en consideración a su riqueza el más notable integrante de la familia Médici, había comandado un verdadero imperio mercantil y tratado de igual a igual a príncipes y reyes que, necesitados de sus cuantiosos préstamos, acudían a él sin prejuicio de clase o estamento. Después de los avatares debidos a la conspiración de los Pazzi(13), su descendiente Julio de Médici, ya como Papa Clemente, había logrado instaurar, en lo que había sido la República Florentina, un ducado, encabezado por su propio hijo o sobrino bastardo, Alejandro el Moro(14). Este hecho habilidoso afianzó por dos siglos el poder familiar, ahora hereditario, aun cuando se sospechara que el nuevo duque había sido engendrado en el vientre de una sirvienta negra o mulata, quien sería una tal Simonetta da Colvecchio, hecho que, la verdad sea dicha, no fue probado y sí muchas veces desmentido.

Los Médici eran ricos, pero también astutos, inteligentes, perseverantes, orgullosos y carentes de escrúpulos. Eso lo sabía muy bien el valido, quien, *in pectore*, sentía por ellos cierta admiración. Habían podido hacerse a sí mismos y alcanzado esa suerte de dignidad bastarda que da el dinero, ampliada por su siempre acertado mecenazgo. No podía recriminarlos por medrar a la sombra del Estado. Él mismo había sabido aprovechar cuanta circunstancia propicia había brindado a su peculio el largo ejercicio de los mandatos conferidos y la privanza que gozaba del rey, aun cuando nunca hubo echado mano del erario público. Su buen olfato para los negocios era conocido, aunque nadie se atreviera a insinuar públicamente que en su accionar hubiera malversaciones o defraudación alguna. Decían los maledicentes, pero yo no lo afirmo, que en el traslado de la corte a Valladolid y su regreso posterior a Madrid, acciones ambas impulsadas por el duque, hubo un fin que no era ni de estrategia militar ni de administración política, sino de mera

especulación financiera y edilicia basada en el consiguiente cambio de los valores inmobiliarios, al ser, o dejar de ser la ciudad, sede Imperial, fluctuaciones de las que habría sacado provecho el valido. Es más, hay quien señala como específicamente reprobables las operaciones que efectuó con La Huerta de la Ribera y con el Palacio de don Francisco de los Cobos.

Hecha esta referencia a María de Médici, paso a los antecedentes diplomáticos y continuó con la charla del duque y el canciller.

Capítulo III:

Cateau-Cambrésis

Boda de Felipe II e Isabel de Valois

Había dejado al Valido y Brûlart conversando en el castillo de Urtubie. Don Gómez de Sandoval tiene bien presentes los antecedentes que le han llevado hasta allí y son estos:

A Isabel(15), hija de Catalina de Médici, se la había preparado para ser reina de España como prometida al Infante don Carlos, pero la viudez de Felipe II(16) posibilitó sustituir, como novio, al hijo por su propio padre, quien sólo tenía a la sazón treinta y dos años. Ella, la prometida, contaba entonces con trece. Como la etiqueta vigente impedía al soberano don Felipe desplazarse a París, el duque de Alba(17), el Príncipe de Orange(18) y el conde de Egmont(19) la llevaron con ellos hasta el monarca luego de que la boda se celebrara por poderes. Este enlace regio colmaba, obviamente, la ambición de la madre respecto al destino de su hija, ahora reina de uno de los dos países más importantes del mundo.

Aquello había ocurrido como consecuencia de la llamada Paz de Cateau-Cambrésis, debida al tratado del mismo nombre suscripto en 1555, que brindó muchos años de paz y fue confirmada y afirmada después por el tratado de Vervins, que agregó varias cláusulas a los compromisos ya adquiridos.

Entre estas nuevas disposiciones hubo una, de carácter secreto, por la cual ambas potencias podrían hacerse la guerra marítima al

este del meridiano de las Azores y al sur del Trópico de Cáncer, es decir en aguas de la América española. Con este artificio se evitaba la posible intervención papal en el caso de que hubiere conflicto, pero al mismo tiempo que levantaba la veda militar, daba lugar a que los piratas franceses y de otras naciones saquearon a su antojo en el mar Caribe.

El duque conocía acabadamente el tratado de Cateau-Cambrésis por haberlo estudiado en su juventud, cuando era «menino» del príncipe Carlos y se preparaba para su futuro desempeño como funcionario real. Recordaba que éste, y el más reciente de Vervins, concertaban tantas devoluciones y entregas de territorios, reconocimientos de soberanía y recomposición de demarcaciones, que había tenido que poner empeño, para grabarlos en su memoria. Para garantizar lo pactado en los pergaminos con la fuerza de los compromisos personales se habían estipulado dos enlaces reales. Estos eran los de Su Majestad don Felipe con la ahora reina Isabel de Valois y los de duque de Saboya, Manuel Filiberto(20), con Margarita de Francia, duquesa de Berry(21), cuñada y amiga de Catalina de Médici. Aunque no recordaba detalles de lo ocurrido más de medio siglo atrás, cuando él contaba con sólo seis años, memoraba que los esponsales se habían ensombrecido con el accidente sufrido por el rey de Francia que ocasionó su muerte. Para la cita con Brûlart había releído los laboriosos textos de todos los viejos acuerdos y el nuevo de Fontainebleau. El tablero político europeo era un verdadero rompecabezas, tan complicado y complejo como un juego de ajedrez.

Como acabo de citar a Catalina y al accidente del monarca, os recordaré que antes de la boda de referencia, en el torneo que usualmente precedía los enlaces nobiliarios, el rey de Francia, que llevaba sobre la armadura los colores de su amante, Diana de Poitiers(23), se enfrentó con el caballero escocés Gabriel de Montgomery, señor de Lorges y cayó de su caballo con el yelmo atravesado por la lanza del adversario. Esta se rompió levantado la visera mal sujeta, permitiendo así que dos gruesas astillas se le clavaran en la

cara, quitándole un ojo y dañándole irremediablemente el cerebro. Siendo vanos los intentos de los médicos por mantenerle con vida, Enrique murió luego de una lenta y dolorosa agonía. Se hizo realidad así una de las más explícitas predicciones de Nostradamus(24), el célebre astrónomo provenzal, quien había vaticinado en sus *Centurias* que «un león joven vencería a otro y le reventaría los ojos, dándole muerte cruel». Con su desaparición Catalina quedó sin el apoyo del hombre a quien, pese a sus notorias infidelidades, había amado con vehemencia y se resignó, compungida, al papel de viuda. Cambió su emblema por una lanza rota y la leyenda «Lacrymae hinc, hinc dolor».

Por contrario, otra Médici, la regente María de la que ahora nos ocupamos, supo sobreponerse a la desgracia de perder a su rey y sin caer en la desesperación, aferrándose al ejercicio del gobierno, tomó firmemente las riendas del estado decidida a recuperar la grandeza de Francia, debilitada entonces por la guerra religiosa. Tal como lo hiciera su familia durante décadas, quiso valerse para ese fin de las alianzas matrimoniales que, según su experiencia, serían más duraderas que las coaliciones meramente políticas. En la sociedad feudal los reyes acrecentaban sus dominios por medio de casamientos con herederas que aportaran provincias o feudos, pero en este caso, la dote de las novias destinadas a sendos matrimonios estaría acompañada solamente por el oro comprometido en las capitulaciones y sus esponsales buscarían, no incrementar, sino conservar las posesiones existentes.

No obstante ser ya Luis, su primogénito, el Rey de Francia —pese a su juventud— conforme a la ley vigente, la reina madre continuó detentando los hilos del poder y fue factor determinante en la trama política y diplomática del nuevo tratado, el llamado de Fontainebleau, al que me referiré a continuación.

